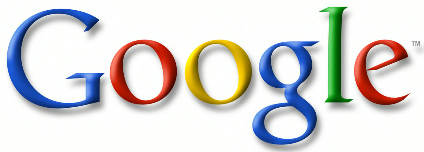
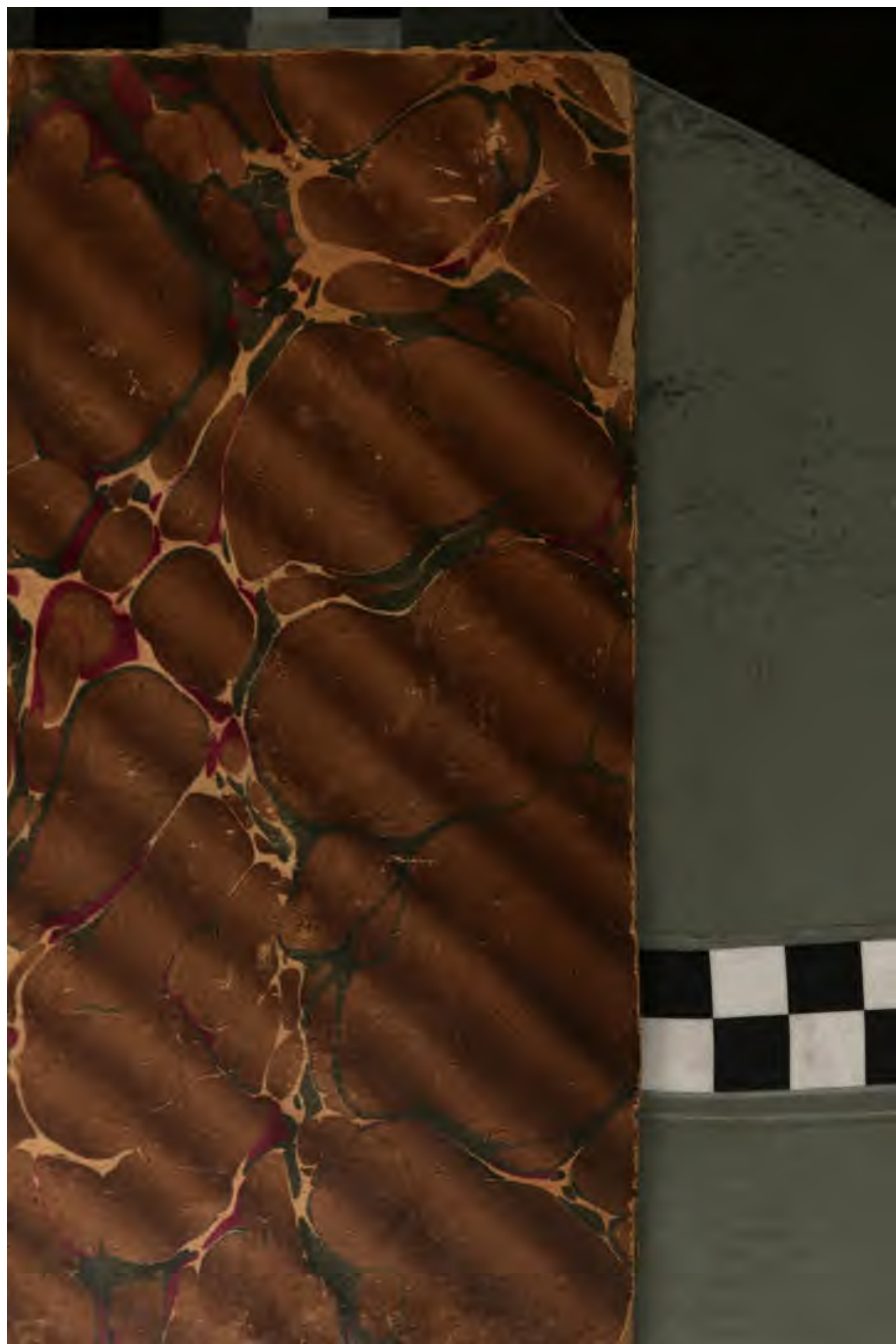


pez - Portillo - La Novela - 1906



LA NOVELA.



BREVE ENSAYO

PRESENTADO A LA

ACADEMIA MEXICANA

POR

José López-Portillo y Rojas.



MEXICO
TIP. VIZCAINO & VIAMONTE.—ZULETA 18.

1906

Cúpome hace poco más de tres años la honra de ser nombrado individuo de número de la **Academia Mexicana**; pero no había llegado á presentar hasta ahora trabajo alguno de ingreso. Últimamente el ilustre Presidente de la Corporación, D. José María Vigil, obsequiando un reciente acuerdo de la de Madrid, tuvo á bien disponer fuese cubierta por mí aquella formalidad. Obediente á su mandato, dí lectura en sesión especial de la misma Academia, celebrada el 4 del corriente mes de Agosto, al presente estudio sobre **la Novela** en general y muy especialmente sobre la mexicana

LA NOVELA

I

EN GENERAL.

La epopeya fué el primér vagido de la humanidad, el resumen poético y musical de todas las tendencias y aptitudes de su espíritu. En ella, como el universo en el caos, estuvieron comprendidos los gérmenes de toda la civilización. Así como de la nebulosa de Laplace salieron los soles y los sistemas planetarios, así también arrancan de la epopeya, la teología, la historia, la geografía, la legislación, la medicina, la poesia y las bellas artes. De ese foco común, á medida que el progreso ha venido acentuándose, hánse ido desprendiendo todas aquellas cosas para formar entidades independíentes, desarrollarse por su propia cuenta y ser origen á su vez de nuevos y complicados sistemas.

La novela no es más que un género de poesía, pues radica en la tendencia á soñar y en el instinto ingénito á la emoción, que palpitan en el fondo de nuestra naturaleza. El verso, por su índole especial, no es propio sino para cantar lo sublime, y emplea para sus manifestaciones, for-

mas exquisitas y etéreas, que no se compadecen con todos los asuntos. Por eso, en las remotas épocas del origen del arte, fué quedando en el fondo del alma humana un rico resíduo de ideas y sentimientos que no habian podido alcanzar completa y satisfactoria expresión dentro de los moldes épicos, y que necesitaba otros más apropiados para su desenvolvimiento y expansión. Pero desde el momento en que surgió y fué cultivada la prosa, quedó abierto el camino á aquellas manifestaciones comprimidas del idealismo, y comenzó á crecer y desarrollarse la novela con vida propia.

El Ramayana, el Mahabarata, la Iliada y la Odisea son ejemplo patente de esas grandiosas síntesis del pensamiento llamadas epopeyas, pues en esos cantos inmortales se encuentra la semilla de todas las meditaciones y de todos los sueños de la humanidad; y de ellos, como de una sinfonía inmensa, han salido cuantas voces. ya triunfales, ya alegres ó plañideras, han cruzado y recorrido con aplauso todos los continentes y todos los mares.

El prímer hombre que contó un sueño ó fingió una historia, el primero que agregó á los acontecimientos reales y verdaderos. rasgos y pinceladas procedentes de su propio inventiva, ese hombre fué el primer novelista. Porque la novela se compone de historia y de invención por partes iguales, como que tiene que conformarse con la vida para dar color de verdad á la narración, y con el ideal para hablar el idioma de las ocultas ansias del alma; por eso caben dentro de campo tan extenso, todas las concepciones artísticas que no se elevan á la altura de la lírica.

¿Cuándo comenzó el desprendimiento de la novela, del fondo épico donde yació perdida durante incalculable número de siglos? Nadie puede decirlo. Ni es lícito afirmar tampoco que las leyendas búdicas, los cuentos sibaríticos y milesios y los escasos relatos latinos que hasta nosotros han llegado, hayan sido los primeros ensayos de la humanidad en este género literarío; porque, bien miradas las cosas, pueden ser consideradas dentro de él, las mitologías inventadas por los pueblos politeístas, como tegido que fueron de fábulas y aventuras, ya grandiosas, ya pueriles, ya románticas, ya obscenas, donde anduvieron revueltos y juntos, dioses, semidioses y simples mortales. Sea de ello lo que fuere, es un hecho que los estudios recientes de los arqueólogos, como los de Maspero por ejemplo, han venido á demostrar que la novela, bajo forma de cuento, tiene orígenes tan remotos, que se pierde en la noche de los tiempos: pues ya el antiguo Egipto produjo narraciones de ese linaje, al estilo de las más recientes, persas ó árabes, de las *Mil y una noches.* (1)

Entre los griegos, ensayóse por primera vez el género, acaso por los filósofos, quienes se valieron para aclarar sus ideas y demostrar sus principios, de situaciones imaginadas y personajes reales ó ficticios, que desemseñaron en sus diálogos un papel predeterminado. Poco á poco iría desprendiéndose de aquella confusión semiartística y semicientífica, el elemento puramente fantástico, hasta constituir un género aparte, el cual nunca floreció tanto como en el tiempo de la de-

(1) Menéndez y Pelayo.—*Orígenes de la Novela.*

cadencia helénica, y fué personificado principalmente por el fecundo, elegante y multiforme Luciano, observador de todas las costumbres, flagelador de todos los vicios y burlador de todas las creencias de su tiempo: por Longo, autor de "Dafnis y Cloe," la primer novela bucólica conocida; y por Heliodoro, autor del célebre "Teágenes," quien mereció la honra de ser imitado por Cervantes y admirado por Racine.

Poco hay que decir de los romanos á propósito de su producción novelesca, pues de ellos no han llegado hasta nosotros más que dos libros notables de ese género: el *Satiricón* de Petronio y el *Asno de Oro* de Apuleyo.

* * *

Después de la venida del cristianismo y de la caída del imperio romano, nótanse en Europa dos corrientes novelescas bien determinadas: la una levantina, venida de la India, de la Persia ó de la Arabia, pero oriental en todo caso, la cual aparece representada por las colecciones de fábulas y cuentos que tan célebres fueron durante la Edad Media, y que llevan por título "Caliia y Dimna." "Sandebar," "Barlaam y Josafat," "Disciplina y Clericalis," etc.; la otra, enteramente autóctona y nacida al calor de las nuevas ideas y sentimientos que renovaban el mundo. La primera de esas corrientes contribuyó, sin duda, al desarrollo de la novelística por la ingeniosidad de los argumentos, y el estudio y la pintura de los caracteres; pero la segunda vino á constituir

el fondo mismo del nuevo género literario, por el espíritu, las tendencias y los sentimientos que la agitaban y movían.

Existió en la antigüedad la novela, como existió la pintura, y alcanzó á la verdad cierto grado de desarrollo: pero solamente el exterior y superficial, que consiste en el enredo fabuloso y en la descripción minuciosa de los hechos. Pero como aquellos tiempos no fueron propicios al florecimiento del idealismo, no pudieron dar origen á la ficción intensa, honda y penetrante, que ha sido el patrimonio de edades más adelantadas. Así pasó también con la pintura. Los griegos supieron pintar bien, y los nombres de Zeuxis, Apeles y Parraxio han pasado á la historia con gran aplauso y prestigio; pero aquellos artistas, según se ve por los restos que de sus obras han llegado hasta nosotros, no supieron más que copiar servilmente la naturaleza, trazar líneas correctas y emplear brillantes y firmes tintas; pero ni conocieron la perspectiva, para dar profundidad y horizontes á sus cuadros, ni la expresión, para infundir carácter, alma y pensamiento á sus creaciones. Por eso, aunque aceptemos que la pintura haya sido conocida en la antigüedad, podemos sin temor de errar, darle el dictado de arte esencialmente moderno. Porque nació en las catacumbas con las formas incorrectas y borrosas del Buen Pastor y de las místicas Orantes, y llegó á lo sumo de su perfección con los ángeles y bienaventurados de Fra Angélico de Fiésole y con las Vírgenes divinas de Murillo. La pintura antígua, material y externa, no recibió la intuición del espíritu, sino cuando le fué insuflada por el pueblo perseguido y lloroso que

regó con su sangre las arenas del Circo, y buscó abrigo á sus ideales en las galerías subterráneas de la Ciudad Eterna.

Así ha pasado también con la novela. De relato más ó menos ingenioso y divertido que fué en la antigüedad y siguió siendo en Bizancio, ha venido á ser en los tiempos modernos, el espejo de la vida humana, ya tomada en conjunto, ya con relación á los arcanos de cada corazón y de cada conciencia.

Así como en la antigüedad clásica fueron la arquitectura y la escultura las artes que más florecieron, y sólo en los tiempos modernos vino á tomar pujanza la pintura, merced á los nuevos medios psíquicos criados por la civilización; puédese decir también que la epopeya fué patrimonio especial de aquella época, y que la novela lo es de la edad que vamos alcanzando, merced al progreso de ideas y afectos, que la hacen al par más inteligible y más profunda.

Al derrumbarse el Imperio Romano, entró el mundo en confusión, perdiéronse los métodos de clasificación y ordenamiento de todas las cosas, y, en cierto modo, reaparecieron las épocas primitivas de obscuridad y de violencia. Es cierto que la naturaleza domada no producía ya las erupciones y diluvios genésicos, en que figuraron Cíclopes, Titanes y Deucaliones; mas fueron destruidas las ciudades, incendíadas las bibliotecas, borrados los caminos, rotas las estátuas y destruido todo rastro de ciencia, orden y cultura. A merced de tan general retroceso, tornaron á desarrollarse entre los hombres, instintos semejantes á los que prevalecieron en los albores

de la historia: y la ira, la lujuria, la crueldad, la codicia y las más rudas y desenfrenadas pasiones reaparecieron sobre el haz de la tierra. Mas en medio de aquel dédalo de tinieblas, quedó plantado un nuevo germen en el cuerpo social, el cual germen tenía que fructificar tarde ó temprano. El alma, desconocida en la antigüedad ó relegada al último término del cuadro de la vida, había cantado victoria sobre sus opresores milenarios; y vestida de blanco, coronada de luz y con los ojos puestos en lo alto, había hecho su aparición en las sociedades humanas. Ella había endulzado los dolores de la derrota y suavizado el furor de los verdugos, atenuado el estrépito de la caída y hecho surgir el consuelo en medio de la desolación más dolorosa; y en la mezcla y contusión de aquellos dias trágicos, en que parecía que la humanidad había llegado á su término, logró encender en el corazón dos llamas desconocidas hasta entonces: el amor ideal y la simpatía humana.

De esos dos elementos nacieron los libros de caballerías.

Según afirman los doctos, puede fijarse el origen de esos libros por los siglos octavo ó noveno de nuestra éra: esto es, casi á raíz del derrumbe del Imperio de los Césares, y en los revueltos tiempos en que vándalos, godos, visigodos, alanos y borgoñones salidos de las selvas germánicas, invadían el centro y el sur de Europa, sembrando á su paso, ruina y desolación. Entonces fué cuando, empequeñecidos los ánimos por la inmensa catástrofe, volvieron los hombres á ser primitivos é infantiles, y cuando las antiguas fábulas á que fueron tan dados los pueblos arios,

renacieron en los poemas de los poetas anónimos de los *cantares de gesta* y de los romances.

Salidos de aquel estado embrionario con el trascurso del tiempo, alcanzaron su última forma y su boga definitiva los libros andantescos, por los siglos XII y XIII; y aunque oriundos, según se dice, del Norte de Francia y de Inglaterra, llegaron á traducir cumplidamente el estado general de los espíritus en la sociedad medioeval. Los tres ciclos principales de esa literatura: el carolingio, el de las cruzadas y el bretón, dieron origen, cada uno por su parte, á una serie de poemas, que formó el encanto de damas y caballeros, sacerdotes y seglares, señores y plebeyos de entonces: y Turpín, Fierabrás, el Caballero del Cisne, Lanzarote y otros personajes imaginarios que fuera largo enumerar, llegaron á ser tan populares y conocidos de todos, como lo han sido los reales é históricos de épocas posteriores.

La renovación de la epopeya dió origen al renacimiento de la antigua confusión del pasado en un mismo molde vasto y colectivo; así que, deshaciéndose el ordenamiento y la emancipación de los asuntos, que habían comenzado á realizar y llevaban ya tan adelantados Grecia y Roma, tornaron á fundirse y á involucrarse en los libros de caballerías, los mismos múltiples elementos que anduvieron revueltos en los poemas primitivos. Teología, historia, geografía, política, poesía, todo volvió á fundirse y amalgamarse en aquellas desordenadas síntesis medioevales; y genios, monstruos, gigantes, enanos, hadas y encantadores, volvieron á tomar puesto de honor en la leyenda.

Los héroes prestigiosos de aquellos relatos, viajaban por países imaginarios, conquistaban reinos desconocidos, sostenían combates increíbles, luchaban contra poderes maravillosos, y al fin de riesgos sin fin, hazañas, heridas y cautiverios, lograban sacar triunfantes con el poder de su robusto brazo, religión, honor y amores. El móvil principal de sus actos, era Dios en primer término: pero después de eso, animábalos una pasión romántica, acendrada y ternísisima, á la que se mostraban fieles en todo caso, y la cual parecía ser el encanto que los conducía sanos, salvos y victoriosos al través de países fieros y de descomunales y nunca vistas aventuras. Y al par de eso, la defensa del débil, el socorro de los oprimidos y la reparación de las injusticias, formaban su lema, su anhelo y el programa constante de su azarosa existencia.

Aquella literatura fué abundantísima en Inglaterra, Francia, España é Italia, y dió celebridad á muchos nombres ahora sepultados en el olvido. Y no se sabe cuánto tiempo hubiera continuado prevaleciendo sobre aquella sociedad, á no haber despuntado por los horizontes europeos, el alba del Renacimiento. Caída Constantinopla en poder de los otomanos, se dispersaron por toda Europa, griegos sabios y doctos, que derramaron por donde quiera en discursos, libros y pergaminos, inmensos tesoros científicos y literarios de la clásica antigüedad. Aquella oleada luminosa despertó en las inteligencias el mismo espíritu de claridad y de análisis que había sido patrimonio de los pueblos civilizados vencidos; y Europa, que había vuelto á la infancia por la barbarie, co-

menzó á sentirse nuevamente adulta por aquel reflorecimiento de la vieja cultura. Y así como las sombras que durante la noche han tomado aspecto de trasgos y vestiglos, se disipan á la aurora reasumiendo sus formas inofensivas; de la misma manera, las visiones medioevales de seres sobrenaturales y maléficos, que persiguieron la fantasía de aquellas sencillas generaciones, se fueron desvaneciendo gradualmente, á medida que la civilización fué haciéndose más intensa. Ya, durante el siglo XVI, habían comenzado á escasear los libros de caballerías, batidos vigorosamente por la reflexión y el criterio de hombres superiores; y los poemas prodigiosos, que en otro tiempo habían mantenido viva y exaltada la imaginación de los lectores, habían ido palideciendo y perdiendo interés, hasta el punto de convertirse en objeto de crítica y sarcasmo.

II.

En España.

España no tuvo epopeya propia, según parece, antes del siglo XII; pero hizo suya interinariamente la francesa, y tomó pie en ella para comenzar su evolución poética y literaria. Los juglares que iban á las romerías de Santiago de Compostela, popularizaron entre los españoles los *cantares* franceses *de gesta*, é introdujeron en la lengua y en el alma hispánicas, palabras, giros é ideales traspirenaicos. *El Poema del Cid*, que es la primera epopeya española, data, según se cree, de mediados del siglo XII, y ocupa un lugar cronológico intermedio entre la *Canción de Rolando* y *los Nibelungen.*

De la epopeya caballeresca, cualquiera que haya sido su origen, comenzó á desprenderse bien pronto la novela. El sistema que para ello siguieron los españoles, fué el mismo empleado por los antiguos, cuando empezó á bosquejarse en Grecia el género novelesco; pues lo que Platón y Xenofonte hicieron inventando fábulas para demostrar verdades filosóficas, lo realizaron á su vez los escritores españoles, clérigos ó varones piadosos en su mayor parte, en favor de las enseñanzas cristianas.

Así el célebre *doctor iluminado* Ramón Lull, ó Raimundo Lulio, como comunmente se le llama, compuso sus libros de ficción *del Gentil y los Tres Sabios, El Blaquerna* y algún otro, con el propósito de demostrar por medio de ejemplos, principios y verdades de carácter teológico; al paso que el infante don Juan Manuel y el arcipreste de Talavera, aquél con el *Conde Lucanor* y éste con *El Corbacho,* persiguieron ideales éticos en sus cuentos y fábulas, para solaz y provecho de sus lectores. Y aun el mismo Fr. Anselmo de Turmeda en su *Disputa del Asno* y en sus furibundas invectivas contra frailes y sacerdotes, no perseguía, aunque renegado y entregado á la liviandad en los dominios moriscos, sino fines docentes, para confusión de religiosos relajados y defensa y salvación de incautas ovejas.

Así fué preparándose el advenimiento de la novela desde fines del siglo XIII hasta el siglo XV, en que el arcipreste de Talavera dió á sus composiciones, por la perfección y la gracia de su prosa, un carácter tal de adelanto, que pareció iniciar ya la trasformación definitiva de este género literario. Menéndez y Pelayo afirma de la

manera más categórica, que *La Celestina* y *El Lazarillo de Tormes* están en gérmen en *El Corbacho.* (1)

No obstante, aquellos ensayos de literatura propia é independiente, fueron quedando como ahogados en el raudal de libros de caballerías, que Inglaterra, Francia é Italia vomitaban sobre la Península; los cuales libros, aunque exóticos (pues ni las tierras ni los héroes á que aludían, tenían que ver en lo más mínimo con España, á no ser la comunidad de la idea y de los sentimientos religiosos), acabaron por formar escuela, y engendraron una serie numerosa de ficciones andantescas, escritas por ingenios españoles.

Ningún pueblo mejor preparado que el ibero para las fábulas caballerescas, no sólo por su carácter valiente, generoso y aventurero, sino también por la especial circunstancia de haberse hallado comprometido en lucha secular con la morisma, en defensa de su religión y de su independencia. Aquella porfiada guerra, que pasó de padres á hijos durante ocho centurias, é hizo vivir á leoneses, castellanos, aragoneses, valencianos y navarros siempre á caballo, embrazado el escudo y lanza en ristre, mantuvo francas las puertas de su imaginación á todo género de narraciones heróicas, en que el arrojo personal, la fuerza del brazo y la inquebrantable fe religiosa saliesen triunfantes de los más grandes riesgos y de las pruebas más duras; y por otra parte, su trato constante con los muslimes, en paz ó guerra, púsolos en contacto con el mundo mirífico de genios, encantadores, hechiceros y seres extraordinarios

(1) Orígenes de la Novela.

que pueblan la fantasía de las razas levantinas. Por eso la literatura caballeresca española de aquella época, fué una de las más ricas de Europa, si bien los nombres de Ordóñez de Montalvo, Silva, Mantorell, Rivera, Ordóñez de Calahorra y tantos otros que en ella se distinguieron, son tan desconocidos para las generaciones actuales, como si nunca hubiesen existido.

Inauguró en España este género literario *El Caballero Cifar,* obra del arcediano Ferrand Martinez, la cual apareció en la primera mitad del siglo XIV. Este libro, al decir de Fitzmaurice-Kelly (1), fué la primer novela original escrita en español. Mas á pesar de eso, y de haber suministrado, según se cree, con la creación del escudero Ribaldo (socarrón, taimado y decidor de refranes), la pauta á que se sujetó Cervantes para la creación del tipo de Sancho Panza, no adquirió, ni con mucho, la boga que tuvo el *Amadís de Gaula,* obra posteriormente introducida en aquellos reinos; pues mientras el *Caballero Cifar* quedó casi ignorado desde su publicación, fué el *Amadís* pan espiritual de varias generaciones, solaz y recreo de lectores asíduos y luz y espejo de los más finos y valientes caballeros. Tal fué el favor que llegó á alcanzar aquel libro en el público, cualquiera que haya sido su orígen, portugués ó castellano, ya lo haya compuesto Vasco de Lobeira ó algún autor anónimo, que acaso no tenga parecido con el logrado por ningún otro en cualquier país del mundo y en época alguna conocida. Porque, no contentos los españoles con leerlo día y noche, aprenderlo de memoria y adop-

(1) Historia de la Literatura Española.

tarlo acaso como programa de vida, se dieron á imitarlo en sus escritos, y á producir una serie incalculable de obras análogas, que tuvieron por centro al *Amadís* primitivo. Así resultaron hijos, nietos, biznietos, tataranietos y chozuos del personaje bretón, en nuevos libros andantescos que fueron apareciendo; todos héroes como el abuelo, á partir de *Esplandian,* hijo de *Amadís* (compuesto por Garcia Ordóñez de Montalvo), y continuando por *Florisandro ó Flores de Grecia, Lisuarte de Grecia, don Florisel de Niquea,* y tantos otros personajes andantescos de nombre enredado y peregrino.

Aquel torrente de libros de caballerías no cesó de fluir durante un siglo; hasta que el Renacimiento y el *Quijote* acudieron á contenerlo. Pues se cree que Eugenio Martínez, autor de la *Genealogía de la Toledana Discreta,* que había publicado la primera parte de su obra, no se atrevió á imprimir la segunda por temor á la sátira cervantina, y que debido á la misma causa, quedaron inéditas otras tentativas del mismo género, como el *Pironiso* y *El Canto de los Amores de Felis y Grisaida.*

Así pudo volver la literatura española al buen sendero que nunca hubiera debido abandonar, al que habían comenzado á recorrer Raymundo Lulio, el infante don Juan Manuel, Fr. Anselmo de Turmeda y el arcipreste de Talavera, quienes, por medio de apólogos y cuentos morales, habían ido impulsando las letras españolas por el camino de la observación y de la verdad.

Quieren algunos que sea *El Caballero Cifar* la primer novela española, mientras reservan

otros esa primacía para el *Amadís de Gaula.* Sea de ello lo que fuere, lo que no cabe dudar, ni nadie disputa, es, que el *Quijote* haya cerrado el ciclo de los libros de caballerías y abierto la era de la novela moderna.

***

Las epopeyas andantescas resumían en sí, aunque en gérmen, todos los géneros literarios posibles, porque los caballeros heróicos y discretos que en ellas figuraban, eran, á la vez que bravos paladines, galanes enamorados y sencillos, viandantes incansables, y admiradores celosos del campo y de la simplicidad lugareña. Cuando comenzaron aquellos libros á perder su prestigio, se dividieron y fraccionaron en tantas categorías de ficción, como gérmenes literaríos entrañaban, y de su moribunda complexidad nacieron las novelas picaresca, sentimental, histórica y pastoril.

Bocaccio abrió la marcha de la sentimental con su aplaudida *Fiammetta*, que pronto fué imitada por Eneas Silvio Piccolomini, Papa después, bajo el nombre de Pío II. Silvio escribió la *Historia de Eurialo y Lucrecia,* la cual tuvo tal aceptación, que fué impresa más de veinte veces antes de acabar el siglo XV, y traducida además á las principales lenguas vulgares de Europa. Antes de esa época, sólo Dante Alighieri en su *Vita Nuova* había tratado en estilo tierno las pasiones amorosas; pero el libro, á pesar de sus excelencias de primer orden, no parece haber alcanzado la popularidad que tuvieron la *Fiammetta.* y la *Historia de Eurialo y Lucrecia.*

La *Arcadia* de Jacobo Sannazzaro, apareci-

da en Venecia al principiar el siglo XVI, fué otro desprendimiento de la matríz épica, y dió origen á la novela pastoril, bien pronto imitada en Portugal, España y Francia. Pasó con ella cosa semejante á la que aconteció con *Fiammetta.* Sannazzaro vengó á Dante; pues habiendo escrito *Bocaccio* otra novela pastoril, el *Ameto,* antes que apareciese la *Arcadia,* se sobrepuso ésta á aquél de tal suerte, que, mientras nadie hablaba del libro de Bocaccio, fué traducida la *Arcadia* á todos los idiomas europeos.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando vino la inmortal creación de Miguel Cervantes Saavedra á precipitar los acontecimientos. Puede decirse que el *Quijote* obró como poderoso disolvente de la materia épica de los libros de caballerías, apresurando su descomposición. Aquel reactivo enérgico produjo la rápida disgregación de todos los elementos que constituían la leyenda andantesca, y cooperó á la formación de géneros literarios emancipados.

La misma novela picaresca, aparecida poco antes del *Quijote* y criada de una pieza con el *Lazarillo de Tormes,* tuvo por punto de partida la literatura caballeresca, cuya contradicción es. Porque, asi como los caballeros andantes iban de lugar en lugar en movimiento perpetuo, así también los héroes bellacos de las novelas picarescas eran incansables viajeros; así como los caballeros andantes llevaban vida azarosa y aventurera, llena de subidas, bajadas, cambios y emociones, así también los pícaros novelados andaban envueltos en constantes empresas, dichas y desdichas; y así como los caballeros andantes no apartaban el pensa-

miento de su Dios y de su dama, y lo exponían y sacrificaban todo á sus nobles cuanto cándidos ideales, así también los Lazarillos, Guzmanes y Obregones se consagraban á matar el hambre como podían, á cazar mendrugos y tomines y á hacer cuantas truhanadas les era dable. Puede ser que el iniciador del género y sus imitadores no hayan tenido siquiera la conciencia de que llevaban á cabo una obra de crítica demoledora al dar vida á sus regocijadas cuanto grotescas creaciones; pero lo cierto es que, viendo las cosas á distancia y considerándolas sobre el fondo de aquella literatura, puede estimarse su labor como fruto del cansancio y del hastío producidos por la monotonía de los libros andantescos, y por la aspiración inconsciente y confusa, pero grande y poderosa de los espíritus, á abandonar las tortuosas callejas de una literatura demasiado artificial, donde se hallaba encerrada toda la inspiración humana, para echar por el atajo áspero y polvoriento, pero amplio y recto de la naturaleza. Es verdad que la tentativa fué harto extremosa, pues, rebasando el límite debido, degeneró en tosca y grosera; pero al menos debe ser vista como un grito de rebelión lanzado contra el amaneramiento, la inverosimilitud y la pedantería de la literatura reinante.

III.

En México.

Tal era el estado que guardaban las cosas, cuando, realizada la conquista de México, surgió á la vida nuestra flamante colonia. Los años in-

mediatos al derribo del Imperio de Moctezuma y á la toma de posesión de estos vastos dominios, no dieron calma ni vagar á los rudos compañeros de Cortés ni á los inmediatos continuadores de su obra, para ocuparse en trabajos meramente literarios; ni eran, en su mayor parte, los aventureros que de España venían, gente dada á los libros ni á la pluma, sino sólo, ó antes que todo, á la acción. Cortés y sus heróicos soldados, Nuño de Guzmán y sus feroces secuaces, Montejo y sus pobres compañeros, todos se distinguieron por aquel arrojo legendario y por aquella indómita energía, que los llevaron á cruzar á caballo desiertos inmensos, inaccesibles montañas y bosques inexplorados, sin desatar las correas de la armadura, día y noche con la espada en la mano, y venciendo climas, exterminando ejércitos y conquistando reinos. Ellos fueron quienes, á costa de su vida y de su sangre, levantaron sobre estas vírgenes comarcas la bandera de Castilla, que no fué arriada durante trescientos años; mientras los otros fundadores de la colonia, los misioneros, iban conquistando á su paso, almas respeto y amor. Descalzos y con la cruz empuñada, marchaban delante de la soldadesca, predicando la Buena Nueva á las tribus indígenas, haciéndolas entrever la misericordia al través de los sufrimientos y preparando su espíritu para su redención y grandeza futuras. Ni unos ni otros, guerreros ó apóstoles, dieron paz á la mano durante largo tiempo: aquellos consagrados al trabajo de derribar y conquistar un imperio, y éstos al de catequizar y bautizar idólatras, aprender idiomas indígenas y escribir tradicio-

nes, historias, usos y costumbres de pueblos ignotos. Durante aquel dilatado periodo de destrucción y reconstrucción, solamente la poesía logró hacerse escuchar en la apenas inaugurada y naciente agrupación; pero no la alegre y profana que canta amores, llora desdenes y esfuma ensueños, sino la grave y mística que pudo combinarse con la predicación religiosa y enlazarse con el catequismo y la enseñanza; la que entonaba las alabanzas de Dios, de la Vírgen y de los santos, ó llevaba á la escena pasos bíblicos y evangélicos, ú otros hechos edificantes, destinados á la doctrina de las inteligencias y á la moralización de las costumbres.

Desde la toma de México al aparecimiento del *Quijote,* no habían pasado más que ochenta y cuatro años, tiempo insuficiente para que la nueva sociedad de españoles y mestizos que comenzaba á surgir, pudiese desarrollarse y coordinarse hasta un punto tal, que diese motivo y aliento á la literatura novelesca. El aparecimiento de la novela supone una sociedad formada ya, una vida intensa y consciente en actividad, y cierto nivel general de cultura, que convide á los autores á estudiar ideas, pasiones y costumbres bien caracterizadas, y permita al público lector entender la obra, aplaudirla y recompensarla. Una sociedad heterogénea, hirviente y en formación, improvisada con elementos no sólo disímiles, sino antagónicos, que no acaba todavía de ahondar y construir sus propios cimientos, y donde no han podido arraigar aún ideales comunes, ni ha llegado á extenderse la red brillante y sutil de una misma lengua, no está preparada para la apa-

rición de la novela, que es el espejo de todos, una inovación á todos y la resultante literaria del pensamiento de todos. Obras de ese género, en un medio social de tal linaje, serian, si llegasen á surgir, verdaderos y sorprendentes fenómenos; y como el desarrollo de las ideas y de las obras que las traducen, es siempre lógico, es inconcuso que determinadas manifestaciones de la cultura no deben buscarse allí donde ella ni ha aparecido todavía, ni es posible que aparezca.

No necesita más explicación que esta el hecho, para algunos extraordinario, de que no hayamos tenido novelistas durante el periodo colonial. Extraño hubiera sido que á raíz de la Conquista y en aquellos revueltos tiempos en que el grupo español era escasísimo en nuestro suelo, pequeño aún el de los criollos y mestizos, y abrumador y predominante el de los indígenas analfabetas, hubiera hecho explosión nuestra literatura novelesca. Una sociedad nueva no se improvisa: requiere largo tiempo para hacer la amalgama de sus variados elementos y armonizarlos entre sí, para elaborarse un modo de ser propio y para entrar en posesión reflexiva de sí misma, estudiarse, conocerse y reproducir su propia imagen. Tres siglos de pugna y evolución para un pueblo nuevo, formado de elementos incongruentes y hostiles, es un período demasiado corto para que pueda salir de su mutismo; pues el verbo analítico colectivo se desata y eleva, no en las épocas de transición, sino en las normales y de equilibrio.

Si de estas consideraciones especiales á la Nueva España, pasamos á las generales relativas

al estado que guardaba la novelística por aquella época en el mundo civilizado, llegamos, por otra parte, á la conclusión de que el género en sí mismo yacía por entonces en una general decadencia.

Después de la publicación de la *Diana* de Jorge de Montemayor, habían ido apareciendo en España numerosas imitaciones de aquella ficción pastoril; pero muy pocas de ellas valieron algo; ninguna se elevó al nivel del original, y todas, en más ó menos grado, pertenecieron al género soporífero y aburrido. Alonso Pérez y Gil Polo escribieron continuaciones de la *Diana;* más la de Pérez fué vista con absoluto desdén por el público y la de Gil de Polo sólo llamó la atención por las hermosas quintillas que contenía. Cervantes escribió su *Galatea,* pero esa novela no dió lustre á su nombre, por más que haya sido tan gustada por el autor, que haya muerto con el designio de ponerle una segunda parte. El *Pastor de Filida* de Gálvez de Montalvo, la *Arcadia* de Lope de Vega, *El Siglo de Oro* de Bernardo de Valbuena, y en general, todos los otros engendros más ó menos débiles y de la propia especie, que fueron abortando los ingenios de la época, chocaron de frente con la indiferencia general, y hallaron tumba prematura en el olvido.

La novela picaresca llegó á la perfección con el primer ensayo del género, escrito, á lo que se dice, por el valiente soldado, fino diplomático, gran señor y aplaudido erudito Hurtado de Mendoza. Después del *Lazarillo,* siguieron sus imitaciones; pero casi tan desventuradas como las de la novela pastoril. Las únicas dignas de men-

cionarse son *La Vida del Gran Tacaño,* de don Francisco de Quevedo, donde, á vuelta de sutilizarse todo, situaciones y vocablos, como fué uso y costumbre de tan famoso escritor, se pintan escenas bien estudiadas y se delinean con vigor algunos caracteres.—El *Escudero Marcos de Obregón* de Vicente Espinel, ofrece mayor interés, tiene más movimiento y cuenta en su abono con la reconocida recomendación de haber servido de modelo al célebre Lessage para su magistral *Gil Blas de Santillana;* pues aparte de que su prólogo fué copiado por Lessage casi al pie de la letra, orientó firmemente la idea principal desarrollada por el autor traspirenaico, y suministró temas á muchos de los más divertidos y picantes pasajes de su novela.—El *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, marca ya un descenso considerable en el género, tanto por lo tocante al interés de la fábula, cuanto por lo qne se relaciona con la gracia y belleza del estilo. Aparte de contener un argumento de un parecido notorio con sus congéneres, muestra muy escasos rasgos de inventiva, y viene á ser, más que todo, una parodia premiosa y descolorida de sus modelos.—El descenso siguió á pasos precipitados. Si *El Diablo Cojuelo* de Vélez de Guevara llegó á tener alguna resonancia, las *Verdades Soñadas* y *Novelas de la otra Vida* del mismo autor, en cambio, no hicieron más que fastidiar á sus lectores. —Vino después Jerónimo de Sales Barbadillo, quien fué sencillamente insoportable, y cuyas novelas *El Bachiller Trapasa, El Caballero del Quintal* y *El Sutil Cordovés* se caen de las manos de puro pesadas.

Las ejemplares de Cervantes, que reanudaron el género de las moralizadoras de Lulio, don Juan Manuel y el arcipreste de Talavera, aunque de mérito indiscutible, y justamente celebradas en España y en el exterior á raíz de su aparecimiento, no dejaron tras sí una generación lozana y hermosa que las perpetuara; y cuenta que escritores de la talla de Lope, Montalván, Tirso de Molina y doña María de Zayas entraron por ese camino, procurando emular las creaciones del manco sublime. Pero el caso es que, aunque muchas de ellas rebosan ingenio y tienen muy hermosa dicción, son de mérito escaso, carecen de trascendencia, y mejor parecen obra de simple pasatiempo, que producto de una meditada labor literaria.

Después del florecimiento de aquellos insignes ingenios, vinieron los días tristes de la primera mitad del siglo XVIII, en que la literatura española pareció muerta para siempre, y en que el tedioso Torres de Villarroel, desdichadísimo y grotesco imitador de Quevedo, publicaba sus *Sueños* provocadores de sueño, á pesar de la inmensa fama que disfrutaron en su época, y que hoy apenas se comprende.

En medio de aquel silencio de decadencia, no es de extrañar que el *Fray Gerundio de Campazas* del Padre Isla, aunque monótono, sin argumento y de estrechísimos horizontes, haya logrado meter tanto alboroto y levantar tanto ruido en nuestra antigua metrópoli; pues si es tan mediano libro en sí mismo, fué una elevada y trascendental composición para su época.

En Italia, después de la rica florescencia de

Dante, Boccaccio, Silvio y Sannazzaro, llegó la época dolorosa del desaliento, en que los ingenios florentinos, napolitanos y venecianos tuvieron que ceder el cetro literario á manos más afortunadas; pues, si bien se considera, no volvió á haber novelista italiano de reputación internacional, hasta los tiempos de Manzoni y Silvio Pellico.

La evolución en Francia, por ese mismo tiempo, había sido más fecunda, pero también se había debilitado pronto, dando lugar á un largo periodo de marasmo y medianía. Ni Bernardino Ribeiro, ni Sannazzaro fueron los iniciadores de ese movimiento, sino Jorge Montemayor, cuya *Diana* traducida al francés, inspiró la *Astrea,* hermosísima pastoral de Honorato de Urfé. Pero aquella composición, aunque inmensamente popular y aplaudida largo tiempo, fué luego desfigurada por Baltasar Baro, quien le agregó una cuarta é infelísima parte al fallecimiento de su autor. La *Astrea* careció, además, de imitadores de nota, y bien pronto cansó á los lectores con sus mieles y pesadez campesinas. Carlos Sorel, de ahí poco, escribió *El Pastor Extravagante* destinado á matar la novela pastoril, y con eso acabó de desconceptuarse aquél género, que no tuvo más representación digna en Francia, que la de Urfé.—Por aquel tiempo nacía en el mismo país la novela llamada histórico, en la cual sobresalieron Gombauld, Saint-Sorlin, La Caprenede, y los Scudéry; pero aquellas ficciones no eran más que una caricatura de la historia, como las fábulas de los libros caballerescos, de las cuales eran un visible desprendimiento; ó bien un tegi-

do de alegorías falsas y rebuscadas, que hacían alusión á personajes y sucesos históricos de la época, bajo capa de nombres y hechos de la antigüedad ridículamente desfigurados, tanto, que recibieron el nombre de *novelas de clave,* porque solamente podían ser comprendidas conociendo los nombres de los personajes de actualidad á que hacían referencia. Todas esas novelas no eran más que meras tentativas para buscar el buen camino que debía conducir á la novela realista. Para llegar á él, echaron mano de dos medios los franceses: la imitación de la novela picaresca, como lo realizaron Sorel con su *Franción* y Lessage con su *Gil Blas,* y la creación de la burlesca, que llevó á cabo Scarrón con varios libros que pusieron en solfa el tono tirante y campanudo de los llamados históricos. Pronto entró el género de estos en decadencia, y durante un prolongado período de tiempo, no aparecieron en Francia más que muy pocas novelas notables, como *la Princesa de Cléves* de Mad. Laffayette y la *Manon Lescaut* del abate Prevost. En pos vinieron Perrault, Voltaire y otros novelistas de menor talla, hasta que con Crebillón hijo y Pigault Lebrun llegó hasta el lodo el descenso de toda la novela. Donde no hubo fango, se levantaron las mujeres con la monarquía de los libros de ficción, y produjeron una serie no escasa de obras mediocres y dulzonas, muy gustadas entonces é insoportables ahora (1).

En Alemania, donde no fué conocido el *Amadís* sino hasta fines del siglo XVI, pasaron mise-

(1) "Lengua y Literatura Francesas" por Petit de Jullevill.

rable é infecundamente los años, hasta el aparecimiento de Goethe. Ese largo intervalo fué cubierto por *el Hércules Cristiano y Alemán* de Bucholtz, por traducciones de la *Astrea* de Urfé, de la *Clelia* de Mlle. de Scudéry, de la *Diana* de Montemayor y de la *Arcadia* de Sidney, y por las novelas pseudohistóricas imitadas del francés, donde los héroes griegos y romanos, y hasta los patriarcas bíblicos, representaban papeles caballerescos. La absurda corriente de aquellas ficciones subió tan alto, que el Sr. de Klipphausen llegó á publicar una colección de heroidas sobre asuntos bíblicos, en la cual, entre otras curiosidades, figuraba una correspondencia galante entre Adán y Eva.—El mal gusto general no sólo fué bufo, sino también pedante. Novelistas hubo, como Werder, que diesen lecciones de historia en sus libros, ó de Geografía, como Happel.—Los más amenos tomaron, para escribir, como modelo el *Robinson* de Daniel Defoe, y dieron á la estampa innumerables variaciones de ese mismo tema, conocidas con el nombre de *Robinsonadas.* Así llegaron á multiplicarse de tal suerte los *Robinsones*, que, mientras Inglaterra no tenía más que uno, los hubo en Alemania sajones, silesios, franconios, suabos, suizos, morales, ingeniosos, médicos y libreros. En medio de aquella inundación de *Robinsones*, sólo *la Isla de Felsensburgo* de Schnabel, isla verdadera en aquel mar de insulseces, parece haber tenido mérito positivo.—Los alemanes en toda esa época, no produjeron nada original; sólo sabían imitar á los extranjeros. El *Lazarillo de Tormes,* el *Guzmán de Alfaroche* y el *Gil Blas* les sirvieron también

de pauta para sus composiciones; así que reprodujeron á saciedad en sus libros aquellos tipos, hasta que salió á luz el *Simplicissimus* de Grimmelshausen, el cual libro sirvió á su vez de punto de partida á otra serie de imitaciones, como el *Trutz-Simplex*, el *Springinsfeld* y el *Nido Maravilloso*.—Después de eso, no se halla más nombre respetable que el de Wieland en el campo de la novela alemana; sin que pueda decirse por eso que el *Don Silvio de Rosalva* (imitación del *Quijote*) de tan famoso poeta, sea de un mérito siquiera mediano. Por fortuna vino Goethe de ahí á poco á salvar la novela germánica del descrédito merecido en que yacía; y con sus famosos libros *Goetz de Berlichingen* y *Werther*, colocó de un golpe á su patria á la cabeza de Europa en aquel género literario (1).

Inglaterra despertó tarde á la novela, pues no llegó á perfeccionar su prosa sino hasta el primer tercio del siglo XVII con los sermones de Tilloston y South y con los escritos de Temple, Halifax y Locke. De aquel movimiento surgieron las alegorías religiosas de Bunyam, y, sobre todo, la *Vida y Muerte de Mr. Badman*, cuya influencia sobre la novela realista de mediados del siguiente siglo, es y sigue siendo asunto de disputa para los críticos.—Después de aquellos primeros ensayos, vinieron los *Viajes dc Gulliver* del famoso dean Swift y el *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe; mas es forzoso advertir que uno y otro libro, si bien de mérito elevado y reconocido, caben apenas en el género novelesco, porque su ficción no

(1) A. Bossert. "Historia de la Literatura Alemana."

es más que un pretexto, ya para zaherir vicios y costumbres de la época, como pasa con *Gulliver,* ya para predicar el amor al trabajo y al *self help,* como sucede con *Robinson.* No obstante, reservado estaba á Inglaterra, que había subido tan alto en el drama y la poesía con Shakspeare, Milton, Dreyden y Pope, imprimir un nuevo curso á la novelística europea, de ahí á poco, y sentar las bases de la novela contemporánea (1).

He aquí á grandes é imperfectos rasgos trazado el cuadro general de ese género literario durante los siglos XVI, XVII y XVIII; cuadro poco brillante, y que demuestra el estado espectante y de gestación en que cayeron los espíritus al desplomarse y descomponerse la literatura caballeresca.

Si pasamos de estas consideraciones extensas á las especiales que se relacionan con nuestra propia historia, conviene notar que en nuestra metrópoli muy especialmente, se había acentuado aquella universal decadencia; de suerte que poco ó nada tuvo que esperar nuestra colonia, ya de la corriente general de las letras europeas, ya de la particular de las españolas. Por lo que, y además de lo dicho, no es de extrañar que en la Nueva España, sociedad en formación, no se haya producido obra alguna de tal especie en ese mismo período de tiempo. Y debe también tomarse en cuenta para explicar el hecho apuntado, que, aun dado que la producción novelesca exterior hubiese sido abundante y florida por aquellos años, no habría podido extender su influencia hasta el

(1) Edmundo Gosse. "Literatura Inglesa."

público neohispánico, tanto por la prohibición impuesta á los libros de entrar en la colonia, cuanto por la profunda ignorancia que, en punto á idiomas extranjeros, reinaba en estas comarcas.

Reservado estaba á Samuel Richardson, en la segunda mitad del siglo XVIII, regenerar é infundir nueva vida á la novelística, sacándola del dilatado y fastidioso desmayo en que había caído desde la disolución de la literatura andantesca. La humanidad, aunque cansada de lo maravilloso é inverosímil de los libros de caballerías, repugnaba entregarse para siempre á las truhanadas de los picarescos, y suspendida, por decirlo así, entre un extremo y otro, iba á tientas buscando su camino.

Europa había encontrado cierta compensación á la carencia de libros divertidos, en los primores y atractivos de su teatro, que fué tan brillante por más de un siglo; pues de la época de Shakspeare á la de Calderón, corren más de cien años, y en ese intermedio brillan Lope, Tirso, Moreto, Alarcón, Récine, Corneille, Moliere y otros grandes y no igualados ingenios dramáticos. Que no parece sino que el teatro y la novela, aun siendo hermanos gemelos, se disputan celosamente el predominio del público, y tienden á suplantarse entre sí.

Richardson, que no era más que un impresorcillo de Salisbury Court, dió el golpe anhelado, publicando cuando menos el mundo lo esperaba, su célebre *Clarisa Harlowe,* libro que correspondió cumplidamente á las aspiraciones de la época, y cubrió un vacio literario que hasta entonces nadie había podido llenar. *Clarisa* realizó el tipo

de la novela que había venido preparándose lentamente, de la que estaba, por decirlo así, en la atmósfera y cuyo advenimiento se presentía: la llamada antiromántica por Taine, pero que no lo es tanto, y consiste en el estudio sincero del corazón dentro del medio natural de la sociedad contemporánea, sin palabras campanudas, ni ficciones inverosímiles.

El movimiento se vió pronto secundado en Inglaterra por otros escritores no menos originales, como Fielding, Smollet, Sterne y Goldsmith; y fueron apareciendo sucesivamente *Joseph Andrews,* el *Viaje Sentimental, Roderick Random* y el *Vicario de Wakefield,* los cuales libros acabaron de acentuar y robustecer tan dichosa evolución. Con todo, la *Clarisa* primero y *La Pamela* del mismo Richardson después, fueron los más leídos en Europa desde fines del siglo XVIII, hasta bien entrado el XIX, y los que tuvieron la honra de ser más admirados por los grandes escritores continentales.

En pos de tan insignes novelistas, vino Walter Scott (posterior á ellos en tiempo, nó en mérito), á fundar la verdadera novela histórica (1), no la falsa y fantástica de los libros de caballerías, ni la grotesca ó *de clave* de los novelistas franceses del siglo XVIII, sino la legítima y de buena cepa, que hizo pronunciar á Agustín Thierry después de conocerla, aquella célebre frase *"¡c'est mieux que de l'histoire!"*

De entónces acá data la éra gloriosa y triunfal de la novela, que vamos alcanzando.

(1) Edmundo Gosse, "Literatura Inglesa."

***

Nació la mexicana, aunque endeble y defectuosa, en los precisos momentos en que le era posible venir á la vida; no mucho después de la publicación de *Clarisa,* y cuando, levantada por Carlos III la prohibición de penetrar en la colonia los libros extranjeros, se puso en contacto la Nueva España con la literatura europea.

La producción literaria neohispánica tuvo orígenes muy humildes, y se inició por la periodística; pero aun esta misma nació tarde, pues, según Beristain, la inauguró el obispo Castorena hasta principios del siglo XVIII. El eclesiástico Sahagún de Arévalo siguió á Castorena con su *Gaceta* mensual; no mucho después, don José Antonio Alzate fundó su *Gaceta de literatura;* y el doctor Bertolache de ahí á poco dió á la estampa su *Mercurio Volante.* Pero todas esas publicaciones se consagraban por entero á las noticias marítimas y mercantiles, ó á las de provisiones de empleos, mitras y canongías; ó bien se ocupaban exclusivamente en asuntos científicos. Así que, hasta Octubre de 1905, en que fué fundado el *Diario de México* por el alcalde de corte Villaurrutia, hubo en la colonia una publicación que destinase espacio y atención preferentes á las letras. Aquella novedad, aunque modesta (pues la edición del *Diario* se hacía en medio pliego pequeño), sirvió, con todo, de estímulo á las dormidas inteligencias coloniales, como pudo verse en seguida por la multitud de ensayos poéticos, letrillas satíricas en su mayor parte, que fueron hallando cabida en aquel periódico. Otra de las

causas que influyeron en ese mismo sentido, fué la aparición de la literatura política fernandina y antinapoleónica; pues con motivo de la invasión de España, abundaron en la metrópoli y sus colonias, las composiciones en prosa y verso destinadas á loar á Fernando VII y á zaherir á Bonaparte.

Dícese que el español Don Juan Piña Izquierdo fué el primer autor de quien se tiene noticia haya escrito novelas en México; pero lo cierto es que, si aquí las compuso, fué en España donde lás publicó (con el título de *Novelas Morales*), y que por esa circunstancia no debe figurar en la historia de nuestra novelística.—Por lo que hace á don José González Sánchez, de quien se asevera dejó un manuscrito romántico llamado *Fabiano y Aurelia,* poco debe interesarnos también, dado qne fué ignorado por sus contemporáneas, y lo sigue siendo por la posteridad,—Lo mismo debe decirse de don Jacobo Villaurrutia. cuyas *Memorias para la historia de la Virtud* no han dejado rastro de su paso por nuestras letras.

La novela mexicana arranca sin duda alguna del "Periquillo Sarniento," obra de don Joaquín Fernández de Lizardi, el *Pensador Mexicano.*

El Periquillo es una novela picaresca, que retrata las costumbres coloniales de fines del siglo XVIII y principios del XIX; y tiene por mérito capital, la perfecta originalidad de su argumento, pues basta hojearla para comprender que es fruto de la observación y de la reflexión personaes del autor. Escrita en forma autobiográfica, como todas las de su género, comienza desde la venida al mundo del protagonista, y continúa al

través de una serie de relatos y episodios que no tienen entre sí más enlace que el de aludir á un solo personaje. Los lances en el libro se suceden á los lances, las situaciones á las situaciones, y el autobiógrafo, sin rubor ni escrúpulo, como fué costumbre entre Lazarillos, Guzmanes y Obregones, pone á los ojos del lector sus truhanadas y miserias, como si no fuesen cosa que valiese la pena. El objeto principal de esa cansada serie de retablos, parece haber sido el de tomar ocasión de ellos para atacar vicios y rutinas coloniales, á fin de enseñar y moralizar por medio del entretenimiento.

El libro da una idea bien triste del estado que guardaba por entonces la Nueva España, tanto por lo que se refiere á costumbres, como por lo tocante á ilustración y lenguaje. Alumbramientos, lactancia, educación de niños, trato social, conventos, cárceles y diversiones, todo aparece en la narración como en un kaleidoscopio; pero deprime y contrista el ánimo, la estrechez de los horizontes en que esa máquina de cosas se mueve.

Cierto que todo es relativo, y que lo que ahora nos parece insignificante y pequeño, fué en aquel tiempo sagaz y novedoso; pero también lo es que esa misma consideración, muy atinada en verdad, contribuye á dar pobrísima idea del estado en que se hallaba la sociedad neohispánica, como la dá también el *Teatro Crítico* de Feijoo, del que guardaba España por los tiempos en que, contra las menudas supersticiones é ignorancias de sus contemporáneos, escribió el infatigable benedictino largos y pesados artículos.

La mejor prueba que puede darse de que Fernández de Lizardi fué hombre de claro talento, es la que él mismo proporciona al hablar de *Periquillo* en su segunda novela *Don Catrin de la Fachenda*. "Nó, no se gloriará, dice, mi compañero y amigo *Periquillo* de que su obra halló tan buena acogida en este reino, porque la mía, descargada de *episodios inoportunos*, de *digresiones fastidiosas* y de *moralidades cansadas*, y reducida á un solo tomito, se hará desde luego más apreciable y más legible". Son esos, en verdad, los defectos del *Periquillo:* carece de interés, abunda en añadiduras y pegotes narrativos, peca de pedantesco y predica tanto y tan á deshora la virtud, que se hace inaguantable; pero con eso y todo, es obra de innegable significación é importancia, tanto por ser piedra angular de nuestra novelística, como por los tesoros de observación perspicaz y exactitud rigurosa que contiene. Merced á ello, es ya considerado ese libro como un documento de inapreciable valor histórico, para conocer bien á la sociedad de los últimos dias de la dominación virreinal. Desde su aparición fué objeto de agrias censuras; pero su autor supo defenderse bien, exponiendo en su abono finas razones y robustas autoridades. Por ellas se viene en conocimiento de que Fernández de Lizardi obró en todo conscientemente al escribir como escribió, y qué su libro no es producto del acaso, sino de la meditación; pues según él mismo lo declara, procuró seguir á Cervantes hasta en sus defectos. ¡Lástima que haya tenido á Torres de Villarroel en tan alta estima, que adoptase una frase suya para epígrafe de *Periquillo!*

La verdad es que la Nueva España exultó con inmenso entusiasmo al aparecimiento del libro; que se hicieron de él en breve tiempo repetidas ediciones; que sus personajes llegaron á ser populares desde luego; y que sus dichos, sentencias y refranes anduvieron bien pronto en todas las bocas. Cualesquiera que sean las deficiencias de la composición, tiene inconcusamente el mérito de haber sido el primer estudio original de la vida neohispánica, el primer eco de nuestra voz y la primera reproducción de nuestra imágen. Si la copia es poco artística, no todos sus defectos deben ser imputados al pintor, pues una gran parte de ellos pertenece al modelo, que era feo, y al medio ambiente, que era pesado y mezquino. Y desde luego, como lo dijo el mismo Lizardi al contestar las durísimas censuras que le dirigió don Manuel Terán desde las columnas del *Noticioso*, si es cierto, como Horacio lo afirma, que vale la obra que dá dinero á los libreros y llega á pasar los mares, lo tiene subido el *Periquillo,* porque fué vendido en México como pan caliente y mereció los honores de la reproducción en Cuba, España, Portugal é Inglaterra.

El ejemplo de Lizardi tuvo por lo pronto escasos imitadores, sin duda á causa de la revuelta situación que reinó en nuestra naciente República á raíz de la Independencia. Graves problemas étnicos, políticos, religiosos y económicos solicitaron desde luego toda nuestra atención, y hubimos, para resolverlos, de entrar en fiera y dilatada lucha de armas y principios, que se prolongó por más de medio siglo. Así quedó enervada nuestra iniciativa literaria y nos vimos conde-

nados á relativa esterilidad durante aquella crisis penosa. Hubo, pues, un intervalo como de cuarenta años de silencio después del aparecimiento del *Periquillo;* que no media menor tiempo entre la novela de Lizardi y la que se dice escribió don Anastasio M. do Ochoa, y cuyo título se ignora, por haberse extraviado el libro.'

Siguió á Ochoa el Conde de la Cortina, insigne crítico y erudito, y honra y prez de las letras patrias. Desgraciadamente sus dos novelas *Leona y Euclea ó la Ciega de Trieste* que, como suyas, deben haber sido de mérito acrisolado, han quedado irremisiblemente perdidas, por no haberse hecho de ellas una impresión especial, y haber parecido juntamente con el diario en que aparecieron, según suerte común de las hojas periodísticas.

No he de seguir paso á paso la historia bibliográfica de la novela mexicana, porque sería larguísima labor é impropia de la ocasión presente; así que sólo bosquejaré á grandes rasgos el desarrollo que ha tenido entre nosotros este importante género literario, señalando como columnas miliarías en mi camino, algunas de las figuras próceres de la galería, para personificar en ellas la dirección y el empuje de nuestro movimiento nacional (1).

Seame lícilo detenerme un instante en esta marcha precipitada, ante la interesente y melan-

(1) Muchos nombres de novelistas deben echarse de menos en estos breves apuntes; mas protesto que las omisiones que aquí se adviertan, previenen ó de flaqueza de mi memoria de falta de espacio para introducir en mi trabajo cuanto debiera, y nó de dañado propósito.

cólica figura de don Juan Díaz Covarrubias, tres veces coronada por la juventud, el talento y el martirio. Covarrubias pereció á los veintidos años, fusilado en Tacubaya en el calor de nuestras luchas intestinas, por un jefe militar implacable; pero á esa edad, había ya escrito bastante, pues dejó impresas tres novelas: *La Clase Media, El Diablo en México* y *Gil Gómez el Insurgente.* Aunque inexperto y demasiado fogoso, como era natural que lo fuese á su temprana edad, mostró raras cualidades de talento, ilustración y nervio en sus libros, y dejó huella en nuestro literatura, no tanto por lo que hizo, cuanto por lo que se mostró capáz de haber hecho. Su novela *Gil Gómez,* cualesquiera que sean las deficiencias de que adolezca, contiene estudios concienzudos de la sociedad mexicana de los años de 10 á 11 del pasado siglo, y pinturas bien delineadas de algunos de nuestros más notables personajes históricos de aquella época.

Nuestros mejores novelistas posteriores á Lizardi y anteriores á nnestra época, son sin duda el doctor don Justo Sierra, don Florencio M. del Castillo y don Ignacio M. Altamirano.

Sierra escribió, según parece, tres novelas: *El Mulato, Un Año en el Hospital de San Lázaro* y *la Hija del Judío,* de las cuales sólo son conocidas las dos últimas .—*Un Año en el Hospital de San Lázaro* es un estudio moral y filosófico sobre los leprosos, en el cual con muy levantado criterio, y mediante la pintura de los sufrimientos de un joven recluido en aquel establecimiento durante un año, se muestra de un modo patético cuán cruel é injusto era el trato que entón-

ces se daba á los infelices atacados de tan terrible mal; libro acaso inspirado por *Los leprosos de Aosta* de Javier de Maistre, según alguien lo ha insinuado, mas heraldo y precursor, en todo caso, de la tierna y sublime epopeya realizada años después en favor de esos mismos desventurados por el P. Damián de Veuster en la isla de Molokay.—*La Hija del Judío* pinta las costumbres del siglo XVII en Yucatán, y relata los episodios de una porfiada lucha entablada contra la inquisición por los jesuitas, deseosa aquella de apoderarse de los bienes de un portugués acusado de judaizante y determinados éstos á contrariar tan inícuas maquinaciones. El libro termina con el triunfo de los jesuítas, realzado por esta palmaria declaración del autor: "Si su presencia (la de los hijos de Loyola) y espíritu dominante pudieron preparar la ruina de algunos países, en Yucatán, por el contrario, no hicieron más que bienes." Juicio tan sereno sorprende en el escritor, é indica la rectitud de sus ideas y la independencia de su carácter, tanto más cuanto que Sierra debe haber leído antes de escribirlo (porque todos lo leyeron entónces), aquel novelón de folletín escríto por Eugenio Sué en 1844, con el título de *El Judío Errante,* el cual excitó contra los jesuitas el odio de muchos incautos, que creyeron en Rodin como en Julio César ó Hernán Cortés. Como quiera que sea, es inconcuso que Sierra fué un espíritu reposado, noble é independiente, que sus libros fueron escritos sobre hechos de la vida real, y que los móviles que le inspiraron, sobrepujando el anhelo meramente literario del aplauso y de la popularidad, fueron dirigidos á la realización

de ideales generosos, como la libertad de conciencia y el respeto á la desgracia.

Don Florencio M. del Castillo es una de las figuras más simpáticas de nuestra literatura novelesca. Soñador y sentimental, entusiasta y creyente, rindió culto en su vida y en sus obras á los ideales más puros; y así ensalzó con su pluma la castidad, la abnegación y la misericordia, como dió testimonio con sus actos, del más acendrado amor á la patria y á la libertad. Enemigo de la intervención extranjera, fué reducido á prisión en tiempo de Maximiliano, y deportado á San Juan de Ulúa, donde murió á los treinta y cinco años de su edad, víctima de la fiebre amarilla. Después de este breve bosquejo de su vida, poema de nobleza y ensueño, no hay que extrañar el carácter de sus obras, todas impregnadas de los sentimientos mismos que animaron aquélla. La novela más importante de Castillo es *La Hermana de los Angeles*, historía de una mujer hermosa, Rafaelita, que se casa con un ciego á quien consagra su corazón y desvelos, y de quien se ve abandonada de un modo insensato y cruel. La ingratitud de aquel ser infeliz, de quien era ángel guardián, no le hace perder la brújula del amor y de la pureza, á pesar de las tentaciones y tropiezos que su belleza incomparable le suscíta. Triunfa al fin su virtud, y el esposo descarriado vuelve á su lado arrepentido de sus errores y lleno de veneración hacia ella; pero la santa expira de allí á poco, minada por un mal profundo, que las penas morales habían exacerbado. Las palabras que ponen fin á tan triste historia, son austeras y dejan abiertos ante los ojos, los hori-

zontes de una solemne y doloroso y expiación. "El ciego,"dice el novelista, siguió tranquilo y grave hacia su última morada el cadáver de Rafaelita. Cuando todos los que le acompañaban se retiraron, tomó un ramo de flores, lo deshojó sobre la tierra recién removida y se arrodilló á orar. Después se levantó, y empezó para él, la vida de la miseria."—Escribió también Castillo varias novelitas, todas del mismo corte y carácter de la anterior, como *Amor y desgracia, La Corona de Azucenas, ¡Hasta el Cielo!, Dolores Ocultos* y *Expiación*. Algunas de ellas son exquisitos y primorosos poemas de pureza y bondad apenas bosquejados, y que casi se esfuman y diluyen en el ambiente.—*La Corona de Azucenas* se refiere á una monja que entró muy niña en la religión y sintió en la juventud una vehemente inclinación amorosa hacia su confesor, quien la amaba también. Pero ambos resisten la prueba con firmeza, poniendo freno á sus pasiones, y la joven, agotada por la lucha, enferma y muere, legando al sacerdote una corona de azucenas que había tegido para su tumba.—*¡Hasta el Cielo!* es otro breve relato en que aparecen enamorados entre sí la santa y hermosa mujer de un valetudinario, y un hermano de éste, recto y caballeroso. El valetudinario, después de haber dudado de la fidelidad de la esposa y de la virtud del hermano, muere persuadido de la inocencia de ambos; pero los jóvenes, al verse libres para entregarse á su amor, se separan para siempre por respeto al muerto: él para ir á luchar contra el extranjero en tiempo de la invasión norte-americana, ella para entrar en un convento. En la portería se despiden los

jóvenes con estas tristes y sublimes palabras: *¡Hasta el cielo!*

A los ensayos iniciales de nuestra novelística, siguieron otros muchos que no hay para que detallar, por la escasa influencia que tuvieron en el adelanto del género; básteme decir que Alejandro Dumas, Victor Hugo, Pablo Féval, Ponson du Terrail, Javier de Montepin, Fernández y González y hasta el mismo Pérez Escrich, hallaron imitadores entre nosotros; pero tan endebles y desmedrados, que apenas han dejado memoria. Asegura Pimentel en su *Historia de Novelistas y Oradores Mexicanos*, que existían en su tiempo (hará de esto poco más de veinte años) sólo en esta capital, cerca de treinta novelistas; pero la verdad es que sus nombres no han pasado á la historia.—En ese panteón de incógnitos, resalta, no obstante, el brillante nombre del General don Vicente Riva Palacio, poeta, polígrafo y autor del *Sol de Mayo, Virgen y Casada, Martín Garatuza* y algunas otras novelas de tendencias más ó menos históricas. Aunque el gusto reinante no es ya favorable á ese linaje de producciones, no puede negarse que las mencionadas son prueba patente de la admirable fecundidad y de la potencia criadora de su autor.

Casi todos nuestros poetas más inspirados, por otra parte, han escrito, además de versos, uno ú otro cuento ó novelita; pero sólo de paso y sin dar importancia al género. Así don José M. Roa Bárcena, don Justo Sierra, don Juan de Dios Peza, don Manuel José Othón, don Manuel Gutiérrez Nájera, don José Peón Contreras, don Manuel Caballero, don Eduardo J. Correa, don Ra-

fael de Zayas Enríquez, don Juan A. Mateos, don Delio Moreno Cantón, don Antonio Zaragoza, don Juan B. Delgado, don Manuel Puga y Acal, don Rafael de Alba, don Francisco M. de Olaquibel y otros, han compuesto y dado á la estampa narraciones novelescas, muchas de ellas primorosas, que tendrán acaso olvidadas ellos mismos, pero que el público ha leído y recuerda con gusto.

La novela más trascendental que, á mi juicio, ha aparecido en México en los últimos tiempos, es la de don Ignacio M. Altamirano, titulada *Clemencia.* Librito pequeño destinado á relatar un episodio trágico-amoroso de nuestra guerra contra los franceses, carece de pretensiones y es producto espontáneo de la observación personal de su autor, quien lo escribió al volver de la campaña en que él mismo había tomado parte. Es inconcuso que Altamirano no sospechó siquiera que su libro pudiese valer tanto, ni creyó que iba á abrir con él nuevos horizontes á la novela nacional; pero es lo cierto que ha sido fecundo en consecuencias, tanto más cuanto nació sin miras preconcebidas, y no vino al mundo precedido por prospecto rimbombante ni pujos de innovación, como suelen hacerlo en casos análogos, los literatos franceses. La misma modestia de su aparición preparó silenciosamente su éxito, el cual fué paulatino, pero firme y seguro, como el crecimiento de todo gérmen en un medio propicio. Altamirano pinta y describe en él, por la primera vez entre nosotros, sin exageración y con verdad, nuestras poblaciones, costumbres y tipos nacionales, haciéndolos moverse sobre un fondo lleno de ani-

mación y colorido. La lectura de *Clemencia* demuestra de un modo absoluto, una cosa que hasta entónces habia sido ignorada en México, y es la condición novelable de nuestras cosas y de nuestra vida. Nuestros novelistas, hasta entónces, habían desarrollado susargumentos contorme á modelos literarios europeos, haciéndolos pasar, es cierto, en nuestro país; mas sólo por no ponerlos en el aire, y describiendo tan vaga é indecisamente el medio nacional, que apenas era dable reconocer por sus descripciones,el lugar, el tiempo y el pueblo en que la acción se desarrollaba· Dominaba entónces la creencia de que solamente lo extranjero podía ser novelesco, y, diciéndolo ó nó, se tenía por trivial todo lo propio, estimándolo indigno de ser consignado en un hermoso libro de ficción. Esa falta de fe en nuestras cosas, era el rastro que había dejado en nuestro espíritu la condición secundaria de nuestra existencia durante el periodo colonial; porque nuestros abuelos, nacidos, educados y muertos bajo la dominación extranjera, habían nutrido su espíritu con el sentimiento de nuestra inferioridad colectiva. Hombres y cosas, artefactos, cienciasy literatura, todo tenía que ser mejor viniendo de allende el Atlántico: todo cuanto nos pertenecía, comenzando por nosotros mismos, debía ceder el paso á lo que no era nuestro, como de calidad inferior que era. Tal fué el criterio general reinante en el país hasta hace pocos años.

La conciencia de nuestra personalidad independiente en todos los órdenes de la vida, social y política, científica y literaria, no vino á afirmarse definitivamente, sino hasta la caída del

Imperío de Maximiliano. Sin meter la hoz en el campo de la polítíca, que es enteramente extraño al objeto de mi trabajo, tengo que fijar y consignar aquí ese hecho innegable, por la íntima relación que tiene con el renacimiento literario de que vengo tratando. Nuestras luchas políticas semiseculares partían de este problema fundamental: el del afianzamiento ó la destrucción de nuestra independencia. El partido conservador, que continuó las tradiciones coloniales, mantuvo siempre fija en Europa la vista, y desde Iturbide hasta Gutiérrez Estrada, se manifestó dispuesto á apelar en último recurso, al elemento extranjero para sacar triunfante su causa. La intervención francesa y el Imperio de Maximiliano representan el último episodio de esa grande y prolongada contienda, que se desenlazó con el triunfo irrevocable del partido favorable á nuestra absoluta y final emancipación. Esa victoria cortó para siempre los ténues hilos que aun nos mantenían en cierto modo ligados al predominio exterior, y nos dejó en plena posesión de nuestra autonomía. De entónces acá es cuando México se ha sentido árbitro y señor de sus destinos; y lleno de ese sentimiento, y habiendo prescindido para siempre de toda apelación á extraño auxilio, ha ejercido su soberanía vigorosamente á la faz del mundo civilizado. Acontecimientos de este linaje son á la contínua el resultado de una larga cadena de hondos y poderosos factores; mas de pronto no pueden ser apreciados en toda su intensidad, ni parecen llevar en sí el gérmen de tantas mutaciones como entrañan. Pero su desarrollo subsecuente, aquilatado por el estudio y la

reflexión, da con posterioridad la clave de su inmensa valía; y años más tarde, si á ellos se vuelven los ojos, es cuando puede apreciarse con acierto su inmensa y trascendental magnitud.

Nuestra República, pues, ha venido á ser definitiva y verdaderamente independiente hasta 1867. De entónces acá ha tenido Códigos propios, una Economía Política propia, un gobierno propio, una literatura propia y una existencia en fin, política, administrativa, interna y externa, genuimente autónoma.

Fué la *Clemencia* de Altamirano la primer manifestación de esa toma de posesión de nuestra personalidad íntegra, en el campo de las letras; de ese libro arranca la formación de nuestra literatura novelesca nacional, propiamente dicha. —La semilla que dejó plantada Altamirano, fructificó años después, cuando don Emilio Rabasa publicó *La Bola* y las novelitas que la siguieron, todas saturadas de ambiente patrio y vida nuestra. Poco tiempo más tarde apareció *La Calandria* de don Rafael Delgado, libro precioso por su fondo y por su forma, observado y vivido, interesante por su argumento y exquisito por su dicción-el mejor acaso de todos los de su género publicados en México hasta ahora (1). Posteriormente, don Angel de Campo, aunque no ha publicado más que *La Rumba,* es reconocido como el escritor más penetrado de la vida de nuestra Capital y como el más chispeante y regocijado descriptor de escenas metropolitanas. El docto é impecable estilista

(1) **Si no fuese falta de modestia hacer figurar mi nombre en este catalógo, haría mención aquí de mi novela *La Parcela* juzgada y recibida en el país con singular benevolencia.**

don Victoriano Salado Alvarez, don Enrique de Olavarria y Ferrari y don Heriberto Frias han dado á luz episodios históricos nacionales imitados de Erckmann-Chatrian ó de Pérez Galdós; don Rafael Ceniceros y Villarreal se revela con *La Siega*, penetrante observador y escritor fino y atildado; y el joven escritor casi niño, don Carlos D. González, autor de la novelita *De Noche*, hace concebir las más risueñas esperanzas de creciente acierto para sus próximas creaciones.

No faltan ni han faltado entre nosotros los novelistas románticos. Hablé ya de Castillo; seáme llícito ahora continuar la lista de sus congéneres a cual, aunque no muy nutrida, llega hasta nuestros días.—Don Fernando Orozco y Berra, escritor de mediados del siglo pasado, la abre con su originalísimo libro *La Guerra de Treinta Años*, que nada tiene que ver con las alemanas de religión, y es un verdadero poema en prosa, á lo Byron, destinado á relatar con más ó menos poesía y desenfado, los múltiples y complicados amores del autor, desde los siete hasta los treinta y siete años de su edad. El libro se ha hecho muy escaso; pero aseguran los que lo conocen, que, aunque no carece de defectos, tiene raras cualidades de vigor en el estilo y de colorido en la pintura de los personajes.—Don Manuel Payno, autor de varias novelitas y leyendas, dió á la estampa por los años de 1840 á 1850 una novela de aliento titulada *El Fistol del Diablo*, la cual, aunque fantástica por su fondo, contiene estudios y descripciones muy interesentes sobre la vida de la capital de nuestra República por aquella época. —Don José M. Ramírez, autor de *Una rosa y un*

harapo, novela escrita en sentencias cortas, á lo Victor Hugo, ha dejado memoria de sí por la ternura de sus sentimientos y la poética delicadeza de su lenguaje.—Es justo hacer aquí mención de *Pacotillas,* novela publicada hace pocos años por el célebre filósofo, poeta y galeno don Porfirio Parra; pues diga lo que quiera la crítica mal humorada, es libro hermoso y tierno, está impregnado de poesía juvenil y recuerda en varios de sus pasajes á *Los Miserables* de Victor Hugo.— En nuestros días, cultiva también el mismo género don Manuel Sánchez Mármol, si bien bastante mezclado de realismo, y hasta un si es no es de naturalismo. Las tres novelas que conozco de tan insigne literato, *Juanita Souza, Antón Pérez* y *Previvida,* son una especie de clímax ó ascenso gradual en esa tendencia; porque mientras *Juanita Souza* fué sólo naturalista-sentimental, y *Antón Pérez* histórica (pues solo al concluir es tremendamente romántica), *Previvida,* que acaba de ser dada á la estampa. es todo un ensueño presentido, realizado y desvanecido, al través de una narración encantadora.

Al lado de los escritores mencionados, figuran algunos naturalistas, como nuestro joven diplomático don Federico Gamboa, autor de dos obras de ficción de mérito relevante, *Suprema Ley* y *Santa,* con toda probabilidad inspirados por Flaubert y Zolá. Gamboa sería entre nosotros un brillante exótico, á no aparecer acompañado en el género por los jóvenes escritores don Ciro B. Ceballos, talentoso é incisivo autor de *Un Adulterio* y por don Bernardo Couto Castillo, quien falleció hace poco, después de haber trazado con

pluma precoz en sus *Asfodelos*, punzantes historias de amor decadente.

En el género costumbrista, después de la muerte del celebrado *Facundo,* don José T. de Cuéllar, tenemos al dibujante y colorista don Cayetano Rodríguez Beltrán, al fino observador don José P. Rivera y al fiel retratista de tipos sociales D. Manuel H. San Juan; y en la línea de cuentistas, Alvarez del Castillo, Salado Alvarez, Díaz Dufoo, Verdugo Fálquez, Campos, Léduc, Fentanes, García Rodríguez y otros muchos que por el momento no recuerdo, levantan en alto el estandarte de nuestras letras.

El brevísimo é imperfecto bosquejo que precede, pone de manifiesto dos cosas importantes: la primera, que la novelística mexicana ha entrado con firme paso por la senda de su florecimiento, y la segunda, que la escuela á que pertenece la mayoría de nuestros escritores de ficción, es realista. ¿Por qué? Nadie alcanzaría á explicárselo. El hecho es que desde Fernández de Lizardi hasta Delgado, á través de Sierra y de Altamirano, casi todos nuestros cultivadores de ese género literario, se han alistado bajo la bandera del realismo. ¿Dependerá esto de la idiosincracia de nuestro temperamento, naturalmente inclinado á la firmeza y á la verdad? Ojalá así sea.

Cierto que los ideales y las pasiones que constituyen el fondo de toda poesía, son los mismos bajo todos los climas y en el seno de todos los pueblos, y que, desde este punto de vista, la literatura debe ser universal; pero también lo es que, sobre ese fondo común, se destacan los lineamientos y el colorido propios é intrasmisibles

de la vida de cada nación y de cada raza. Y es cierto asimismo que ni los idealismos ni las pasiones que constituyen el elemento poético universal, pueden ser bien pintados ni alcanzan á adquirir gran relieve, si carecen de la sólida base que proporcionan el temperamento, la naturaleza y la historia peculiares de cada pueblo. El conocimiento y la reproducción de la vida circundante, con arte y verdad, son el mejor asiento que puede darse á todo género de ficciones destinadas á poner en vibración las ocultas fibras del sentimiento y los misteriosos resortes de la fantasía.

Todos los sucesos pertenecientes á una misma época, son armónicos y concordantes. La actual, esencialmente analítica, reclama para la literatura el estudio y la comprensión exacta de la compleja é intensa vida de las sociedades contemporáneas. A la antigua inspiración desordenada y flotante de la primera mitad del siglo XIX, ha sucedido la creación artística, meditada y reflexiva, producto de la constancia y del trabajo. Por eso valen hoy más que en el pasado, los literatos y los poetas, porque necesitan saber y saben más que sus predecesores, como que el público actual no se contenta ya con las pasiones satánicas de Byron y Espronceda (1), ni con las creaciones infantiles é inverosímiles de Dumas ó de Fernández y González; sino exije mayor solidez de discurso

(1) Espronceda se burlaba alegremente de su poca ciencia exclamando:

"¡Yo con erudicción, cuanto supiera!"

Tal fué el espíritu general de su época con respecto á la instrucción: la zumba y el menosprecio.

y más claro fundamento de verdad, aun en las composiciones de mera ficción. Por lo que el mismo literato y hasta el poeta tienen que ser hoy en día, hombres de labor y de valer científicos, si quieren merecer el aplauso general y despertar emociones simpáticas en el corazón de los lectores.

Ejemplos tomados de los grandes novelistas contemporáneos, podrían servir de ilustración y prueba de esta teoría. Sólo por no pecar de difuso, ni aburrir á mi ilustrado auditorio con la rememoración de lo que tan sabido se tiene, no cito para rebustecer mi tesis, anécdotas relativas á Balzac, Thackeray, Dickens, Flaubert, Zolá, Tolstoi, Pereda, Pérez Galdós, Blasco Ibáñez y otros grandes y aplaudidos noveladores de la época. Todos ellos son ó han sido hombres formales, observadores y laboriosos, que han consagrado á su labor todo su tiempo, ya para prepararla por medio de notas y citas, tomadas en viajes y excursiones, ya para revisar, pulir y abrillantar el estilo, como habilísimos y exquisitos orfebres. Han cambiado á tal punto y á este propósito los procedimientos y los gustos artísticos generales, que no pocas de las tituladas obras maestras con que se recrearon nuestros padres, no satisfacen ya el criterio de nuestra generación.

III

Su concepto y alcance.

¿Qué papel corresponde desempeñar á la novela en las sociedades modernas? ¿Tiene por único objeto divertir á los lectores, como los cuentos

de los niños, ó puede y debe realizar otro fin más trascendental?

La novela ante todo, es poesía, y tiende á satisfacer por medios más amplios que la lírica, el ansia de idealismo y de ensueño que palpita en todo corazón. Los que no tienen habilidad para componer rimas, pero poseen intuición estética, fantasía, ternura y bella forma literaria, hallan en el cultivo de la literatura novelesca, ancho campo donde espaciar su impaciente inspiración. ¿Qué significado tiene, pues, la novela? El de la tendencia inconsciente y espontánea del espíritu al delirio mental en pos de mundos soñados y mejores. Cuando no es producto degenerado de una imaginación malsana, no es piedra de escándalo para los lectores ni un simple kaleidoscopio de formas y colores vivos, destinado á deleitar los ojos de los cándidos; sino el verbo de las mil voces íntimas y desconocidas que resuenan en todas las almas, y que claman: ¡amor', ¡poder!, ¡felicidad! Es la expresión de los sueños humanos en forma menos musical y cantable, pero más amplia y detallada que la del verso; trasunto fidelísimo del alma agitada por los pensamientos, afectos y deseos que engendra, atiza y levanta la vida; estudio psíquico, animado y hermoso, que suele penetrar más hondamente en los obscuros senos del corazón, que las embrolladas y fastidiosas disquisiciones de muchos filósofos titulados.

Ruidoso grito levántase, con todo, contra la novela. Se le acusa de ser foco de concupiscencia, inmoralidad y locura; corruptora de costumbres, trastornadora de cerebros y atizadora de pasio-

nes. . . . . No lo neguemos: de eso y más puede hacerse responsable; pero ese defecto no es sólo de ella, sino de todos los libros. La culpa no está en el género, sino en quien lo maneja. El *Contrato Social* de Rousseau, obra humanitaria, contribuyó á producir los herrores del 93; los libros de Shopenhauer, destinados á desquisiciones filosóficas, han sido causa de suicidios; las obras económicas de Proudhon, Karl Marx y Lassal, han despertado el anarquismo y puesto la dinamita en manos de los criminales. Y con todo, ninguno de esos libros es novelesco, ni ha tenido por objeto el simple solaz de los lectores. Condenar, por lo mismo, la novela porque puede haberlas nocivas, sería lógico sólo en el caso de que fuesen condenados también los otros libros, por el peligro de su posible perversidad.

Pero en cambio ¡qué amplio conducto abierto por medio de ella para hablar de cerca á la gran mayoría! El libro científico, el doctrinal, el simplemente literario, no son accesibles á la inmensa muchedumbre; manjar de paladares exquisitos, es gustado tan sólo por los amantes del estudio y los cultores de la ciencia, ó sea por una notoria minoría del grupo social. Pero el ameno, animado, emocionante, el que enciende las ideas, caldea la fantasía y pone en vibración los arcanos resortes del sentimiento, tiene la magia necesaria para recomendarse por sí solo, andar de mano en mano, y ser solicitado á porfía y devorado por todos. Encomendadas las ideas á ese vehículo, pronto se generalizan, y corren y se difunden por donde quiera, como regueros de luz ó pólvora. Si son malas, hacen mucho daño, si

buenas, mucho beneficio; pero en ningún caso quedan sepultadas en el olvido, como las de tantos libros demasiado serios, que aunque revienten de mérito, son banquete de irreverente polilla en los anaqueles y entrepaños de las bibliotecas.

La novela es una de tantas facilidades abiertas á la manifestación de las ideas por el espíritu moderno, como el vapor, el teléfono y el telégrafo; es un medio rápido y seguro de comunicación inventado por el progreso. No hay que retroceder ante el peligro; es preciso luchar en el terreno donde nos ha colocado la historia. Puede estallar la caldera, fulminarnos la electricidad y destrozarnos la dinamita. Pero la primera, cuando funciona bien, nos trasporta con rapidez de uno á otro lugar; la segunda, encauzada convenientemente, hace ubícuo el pensamiento humano; y la tercera dirijida por mano no criminal, abrevia trabajo, destruye obstáculos y facilita la realización de obras gigantescas. Así la novela, aunque sea corruptora con la *Dama de las Camelias,* induzca al suicidio con *Werther*, ó sirva de escuela á los delitos canallescos con el *Fiacre número trece* y *Las Aventuras de Rocambole*, contribuye á la abolición de la prisión por deudas con *Pickwick Papers,* á la redención de los esclavos con *la Cabaña de Tom*, al amor á la libertad con *Los Miserables* y á la glorificación del cristianismo con *Fabiola* y con *Quo Vadis.* Julio Verne la ha aprovechado magistralmente para popularizar los conocimientos científicos y preparar el camino á los descubrimientos más maravillosos.—Es esta precisamente la época propicia al desarrollo de la

ficción novelesca, y no dejan ni dejarán de echar mano de tal recurso los apóstoles de todas las ideas y de todos los principios para prestigiar sus máximas y doctrinas, y criarse adeptos entre la multitud. Puede asegurarse que los libros de Dostojeuski, Tolstoi y Gorki han influido en el pueblo ruso para luchar ferozmente por sus ideales libertarios, más poderosamente que los de filosofía ó política publicados por sus sabios. El libro de ficción no debe, pues, ser visto con menosprecio por los hombres pensadores, porque es arma fina y bien templada, que así puede servir para el ataque como para la defensa.

Aparte de eso ¿quién duda que la novela s un medio educativo, social y artístico, de primer orden? Ella pone en contacto á los lectores con los buenos usos sociales, con las exquisiteces del lujo y con los primores del arte. Así se establece una especie de nivelación entre todas las clases, quedando las cosas, hasta las de precio más alto, al alcance material ó mental de la inmensa mayoria; y esos conocimientos y noticias, aunque parezcan triviales, pulen las maneras y ensanchan el horizonte intelectual. ¡Cuántos ignotos y desheredados no llegarían á tener la idea más remota de lo que son la dicha humana y la vida de las clases opulentas, si esos libros indiscretos no les permitiesen aplicar el ojo y el oido á las cerraduras y rendijas de los alcázares, por donde se filtran las luces, las risas y las músicas de los festines!

El novelista, por otra parte, es el artífice más atento y paciente de la bella forma del decir, el limador más elegante y suntuoso de la palabra;

es, dentro de cada pueblo y de cada raza, el lingüista por excelencia, el buzo hábil y arrojado, que baja á los profundos senos del idioma, á buscar y recojer sus perlas más ricas; y el que sube también á las alturas más eminentes y culminantes de la expresión para hacer brillar los vocablos con fulguraciones y relámpagos deslumbradores. Nadie como él está en contacto con el genio de la lengua, ni con los modismos de la conversación, ni con las novedades del uso; ni en libro alguno, como en los suyos, puede encontrarse la fuerza unida á la dulzura, el casticismo combinado con la elasticidad y la naturalidad aronizada con la elegancia de la frase. Son, pues, los novelistas en la moderna historia de la literatura, los grandes maestros de la palabra: rehabilitan vocablos olvidados, desacreditan y arrojan del uso los mal sonantes, y adoptan, pulen y prestigian los nuevos, que las corrientes reinantes del progreso, van haciendo precisos en el vocabulario. Quien escoje bien y lee buenos libros de ficción, hace, sin saberlo, un curso de literatura, va adquiriendo inconscientemente el buen gusto, y acaba por hablar bien, no sólo sin esfuerzo, sino por medio del goce más fino y exquisito.

Y si aun pareciesen pequeñas estas excelencias, no hay más que analizar, para verlas crecer y multiplicarse, el influjo de esa lectura sobre las emociones del alma El impedido, el viejo, el desgraciado, los seres sin esperanza para quienes el mundo está lleno de sombras, cuando pasan los ojos por las páginas de esos libros prestigiosos, olvidan sus miserias, sienten que el corazón se les ensancha y ven la luz de la dicha penetrar hasta el fondo

de su alma atribulada. Así, el melancólico valetudinario que no puede dejar el sitial á donde le tienen atado sus dolencias, al influjo de la mágica lectura, se siente ligero y fuerte, y montando el ágil pegaso de la fantasía, cruza comarcas, recorre mares, visita metrópolis y toma parte en el bullicio y el regocijo de las delirantes multitudes. Y el anciano de cabellera blanca y espalda encorvada, á quien el mundo ha relegado al olvido, y á quien no sonríen ya ni las mujeres ni la fortuna, siente bajo la acción del mismo encanto, que el fuego de la juventud circula nuevamente por sus venas; mírase iluminado la dicha, recibe la mirada de ojos lánguidos y oye latir alegremente el corazón, como en los tiempos remotos en que fué galán afortunado de románticos idilios. Y aquel á quien la suerte mantiene doblegado bajo su golpe fierro, el desgraciado que viene al mundo para derramar lágrimas hollar espinas y vagar por arenales sin fuentes ni palmeras, deslumbrado por la pluma del hábil escritor, corre un velo sobre sus dolores, se identifica con los dichosos á quienes ha dado vida el mago, y dá cabida en la mente á una ventura soñada, es cierto, pero de todos modos, sentida, en que nunca se hubiera atrevido á pensar sin aquel elíxir: siéntese jóven, hermoso, lleno de brío; asiste á los festines mágicos donde truena el espumoso champaña y se escuchan los alegres brindis; y se mezcla en el tumultoso vals del sarao, llevando en brazos á beldades deslumbradoras, que le sonríen con amor, mientras giran en torno vívidas luces, y acentos acariciadores murmuran á su oído el himno del triunfo y de la vida.

Sería cruel negar al espíritu humano solaz tan piadoso y complacencia tan íntima, cerrando esa puerta por donde miran los desgraciados un girón del cielo y penetra un rayo de sol en la negra noche de su existencia. Esos éxtasis solitarios confunden á la humanidad por momentos en unos mismos destinos, ciegan los abismos que separan á los dichosos de los tristes, ponen alas en todas las espaldas y abren para todas las almas el océano luminoso del ensueño.

***

Es la novela la última palabra de la literatura y la corona de la cultura artística, porque se compone de análisis y reflexión; y sólo es posible su florecimiento cuando la sociedad está bastante adelantada para tener conciencia de sí misma, estudiarse y reproducirse en cuadros de palpitante verdad y colorido. Debemos, pués, saludar con alegría al advenimiento de nuestra novela nacional al campo literario, no sólo por lo que vale ya, sino también y principalmente por el estado social de que es clara y dichosa manifestación. No se cría la novela cuando se quiere, sino nace cuando puede. No es compatible con un estado rudimentario de civilización, como la epopeya; mas florece cuando la situación general de los ánimos y el nivel intelectual de las masas están en sazón para ello: como no se alegran los campos, ni se visten de hojas los árboles, ni cantan los pajarillos, ni se abren y exhalan perfume las flores, sino pasado el invierno, cuando fluyen los arroyos y vierte el sol su luz esplendorosa en el espacio. Dado este gran paso por nuestra literatura, queda

abierta la senda para todos los triunfos. Si los novelistas actuales no lo han hecho todo, han abierto al menos la puerta por donde pueden penetrar las nuevas generaciones. Vendrán en pos otros escritores que continuarán la obra hasta hecerla perfecta; y la aparición de los libros prestigiosos que escriban y publiquen en lo porvenir, serán espejo fiel de una patria grande, próspera y victoriosa.

José López-Portillo y Rojas.

México, Agosto 4 de 1906.



